



FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

PQ 2502
E 88
U. I

— ES PROPIEDAD DE LA —
CASA EDITORIAL MAUCCI

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

22808



LIBRO PRIMERO

I

Aquella mañana, en el pabelloncillo situado junto al bosque, donde habitaban hacía tres semanas, Mateo se apresuraba, pues quería tomar en Jonville el tren de las siete, en el que diariamente iba a París. Eran las seis y media y había dos kilómetros largos desde su casa a Jonville. Después de los cuarenta y cinco minutos de tren había otro tanto desde la estación del Norte al boulevard Grenelle, de manera que no llegaba a su despacho de la fundición hasta las ocho y media.

Besó a sus hijos, aun dormidos afortunadamente, porque, cuando estaban despiertos no le dejaban salir anudando los bracitos a su cuello, riendo y besándole. Al volver a entrar rápidamente en la alcoba, vió a su mujer, Mariana, que estaba aún en cama, pero despierta y medio incorporada. Había corrido una cortina y por la entreabierta ventana entraban torrentes de luz, de ra-

diosa luz de Mayo, que iluminaban la belleza sana y fresca de aquella mujer de veinticuatro años, por la que él, que tenía tres años más, sentía verdadera adoración.

—Es preciso que ande listo, hija mía, si no, se me escapa el tren... Procura arreglarte con los seis reales que te quedan.

Mariana se echó a reír. Estaba encantadora con la mata de pelo suelta por la espalda y con los redondos y frescos brazos al aire. Hacía siete años que se habían casado, y a pesar de tener cuatro hijos y de los apuros que pasaban continuamente, su buen humor y su esperanza no se extinguían.

—¡Seis reales! En verdad que no es mucho; pero como hoy es fin de mes y debes cobrar, no me importa. Mañana pagaré los piquillos que debo en Jonville. A quienes siento deber es a los Lepailleur, porque esa gente se figura siempre que les van a robar. ¡Con seis reales vamos a hacer una comilona, muchacho!

Y contenta y risueña le tendió los brazos, como hacía todas las mañanas al despedirle.

—¡Vaya, date prisa!... Por la noche te aguardaré en el puentecillo.

—¡No, acuéstate! Ya sabes que hoy, y esto contando que no me escape el tren de las once menos cuarto, no podré estar en Jonville hasta las once y media. Mal día se me prepara. He prometido a los Morange que almorzaría con ellos, y por la noche Beauchéne invita a un cliente a comer y yo he de ir con ellos... Acuéstate y echa un buen sueño antes que yo venga.

Mariana hizo una graciosa mueca, que no comprometía a nada.

—¡Ah! no te olvides de pasar a ver al casero para decirle que hay goteras en la habitación de los niños. Ese señor Seguin, que tiene millones y

millones, aun cuando sólo nos cobre seiscientos francos de alquiler, no debe permitir que nos mojemos como en campo raso.

—¡Toma! Quizá me hubiese olvidado... Te prometo que me acordaré.

Mateo estrechaba a su mujer entre los brazos y la despedida se prolongaba. Ella se reía y le devolvía sonoros besos. El amor que sentían uno por otro, aquellos dos seres, era profundo y completo; entre los dos sólo formaban un cuerpo y un alma.

—Vete, vete, chiquillo... ¡Ah! Acuérdate de decir a Constanca que, antes de ir al campo, debiera venir aquí un domingo con Mauricio.

—Bueno, se lo diré... Hasta la noche, monina.

Volvió todavía a su lado, la dió un apretado abrazo y salió.

Habitualmente, al llegar a la estación del Norte, tomaba un ómnibus.

Pero cuando no quedaba dinero en casa, hacía el camino a pie. Era una ruta alegre: la calle Lafayette, la plaza de la Opera, los grandes boulevares, la calle Royale, después la plaza de la Concordia, la Cours la Reine, el puente de Alma y el muelle de Orsay.

La fundición Beauchéne se levantaba al final del muelle de Orsay, entre la calle de la Federación y el boulevard Grenelle. Ocupaba una vasta extensión triangular, en una de cuyas puntas, la del muelle, se alzaba una hermosa casa de ladrillo rojizo en cuadrado en piedra blanca que el padre de Alejandro Beauchéne, el actual propietario, había hecho edificar. Desde los balcones, más allá del Sena, se advertían las casas de Passy sobre la cuesta; en tanto que, a la derecha, se erguían las dos torrecillas del Trocadero. Al lado, existía aún, a lo largo de la calle de la Federación, la modesta

casa que habitó el padre de Beauchéne cuando trabajosamente labraba y cimentaba su fortuna. Luego hasta el boulevard de Grenelle, todo el vasto espacio estaba ocupado por las construcciones de ladrillo que encerraban las inmensas cuadras, los cobertizos, los hornos, y, dominando aquel conjunto de edificaciones sin simetría y de tonos grises, dos altísimas chimeneas coronadas siempre por penachos de humo, emblema y signo de la actividad nunca cansada ni interrumpida. Aquella casa-fundición se dedicaba especialmente a la construcción de máquinas agrícolas, desde las más potentes a las más sencillas, y a los aperos y útiles, que han menester gran perfección. Además de los muchos cientos de hombres que allí ganaban el pan cotidiano, habían empleadas unas cincuenta mujeres entre bruñidoras y pulidoras.

La entrada de los talleres estaba en la calle de la Federación. Era un ancho portal desde el que se percibía el inmenso patio, por cuyo pavimento, siempre negro, corrían de cuando en cuando arroyos de agua hirviente. Las chimeneas vomitaban espesas columnas de humo, chorros estridentes de vapor se escapaban de los techos, en tanto que una trepidación sorda, que conmovía el suelo, denunciaba el tráfico interior, el continuo murmullo del trabajo.

El gran reloj del cuerpo central marcaba las ocho y treinta y cinco cuando Mateo atravesó el patio para ir a su despacho de delineante en jefe. Hacía ocho años ya, que estaba en la fundición, en la que entrara, después de hacer brillantes estudios, en calidad de ayudante de delineante, con cien francos mensuales de sueldo. Su padre, Pedro Froment, que había tenido de su mujer María cuatro hijos, Juan, Mateo, Marcos y Lucas, sin tratar de imponerles su voluntad, había procurado

dar a cada uno un oficio manual. León Beauchéne, el fundador de la fundición, había muerto un año antes, y su hijo Alejandro acababa de heredarle y se había casado con Constanca Meunier, cuando Mateo entró en la casa bajo las órdenes de aquel patrón tan joven, que no tenía sino cinco años más que él. Allí fué donde conoció a Mariana, una prima pobre de Alejandro, con la que casó un año después.

Desde la edad de doce años, Mariana estuvo a cargo de su tío León Beauchéne. Un hermano de éste, Félix, después de mil peripecias y desastres había ido a Argelia con su mujer y su hija en busca de fortuna. Cuando la granja por él levantada estaba en plena prosperidad, unos bandidos mataron al padre y a la madre, destruyendo el edificio, y la niña, salvada milagrosamente, no tuvo otro refugio que la casa de su tío, que se mostró bondadoso para con ella, durante los dos años que vivió todavía. Con ella vivieron Alejandro, que no era muy amable camarada, y Serafina, hermana suya, que abandonó el hogar paterno después de un escándalo sin nombre, huyendo con el barón de Lowicz, noble de vieja cepa, de auténticos pergaminos; pero estafador y falsario, con el que fué preciso casarla, dándole treinta mil francos de dote. Luego cuando, muerto ya su padre, Alejandro se casó con Constanca, que aportaba quinientos mil francos en dote, Mariana se encontró aislada y sin apoyo, junto a su nueva prima, huraña y despótica, ama absoluta dentro de la casa. Pocos meses bastaron para que Mateo se enamorara de ella. Un amor sano y fuerte arraigó en el pecho de ambos jóvenes. No fué aquel amor súbito y violento, formado de los sedimentos del deseo, el que nació y creció en ellos, sino aquel otro más duradero y profundo que arranca de la mutua

estima, de la ternura, de la fe, de la certeza de la correspondencia que forma el lazo indisoluble, la unión jamás quebrantada. Y ambos estaban encantados de no aportar al matrimonio sino su amor sin límites, la recíproca confianza de sus corazones. Mateo fué ascendido a doscientos francos mensuales, y su primo por alianza, Alejandro, dejó entrever la posibilidad de una asociación andando el tiempo.

Mientras tanto, poco a poco, Mateo iba haciéndose indispensable. Su joven patrón Alejandro, acababa de atravesar una crisis muy peligrosa. La dote que su padre había tenido que dar a Serafina, otros grandes gastos ocasionados por aquella muchacha rebelde y perversa, le habían obligado a disminuir su capital flotante. Luego, al día siguiente de la muerte, advirtió que su padre no había hecho testamento; de manera que Serafina quiso que su hermano le entregara inmediatamente lo que la correspondía, aun cuando por ello debiese vender la fundición. Poco faltó para que aquella gran fortuna, tan laboriosamente ganada se disipara. Beauchéne, temblando de cólera y de terror, consiguió pagarle en metálico la parte que le otorgaba la ley. Pero había quedado una brecha enorme en su fortuna, la fundición podía deshacerse el día menos pensado, y para que esto no ocurriera se casó con Constanacia que le llevaba medio millón en su canastilla de boda. Constanacia era fea y huraña, y tan delgada que, antes de casarse con ella, Alejandro la llamaba «el hueso»; pero era preciso apuntalar el edificio que se venía abajo, y no vaciló. Al cabo de cinco años todo quedó arreglado; los trabajos abundaron, la actividad y los beneficios aumentaron, y llegó una época de gran prosperidad. Mateo, que había sido uno de los más activos colaboradores de aquella

gran obra, fué nombrado delineante en jefe, con cuatro mil doscientos francos anuales.

Morange, el jefe de escritorio, cuyo despacho estaba junto al de Mateo, alargó la cabeza cuando oyó entrar al joven.

—Supongo, querido Froment, que recordará usted que hoy almuerza con nosotros.

—Sí, sí, no lo olvido. Al medio día saldremos juntos.

Y Mateo se absorbió en el estudio de una trilladora de vapor de su invención, en la que trabajaba hacia tiempo. Era muy sencilla y muy poderosa, y por la tarde un gran propietario de la Beance, M. Firon-Badimier, debía ir a examinarla.

La puerta del despacho del patrón se abrió bruscamente y Beauchéne apareció. Era alto y recio, subido de color, con una gran nariz, gruesos labios, ojos saltones y llevaba toda la barba, de la que cuidaba mucho, así como de su pelo que llevaba largo para tapar con los mechones echados hacia la frente, un principio de calvicie que apuntaba ya, aun cuando sólo tuviera treinta y dos años. Vestía levita, fumaba un grueso cigarro y su voz recia, su alegría bulliciosa, su actividad, denunciaban al hombre robusto y amigo de todos los goces, para quien el dinero, decuplicado por el trabajo de los obreros, representaba la única, la soberana potencia.

—¿Vamos, ya está listo?... El señor Firon-Badimier me escribe que a las tres estará aquí. Ya sabe usted que le llevo a comer con él al restaurant, pues esos compadres no se deciden a comprar si no se les atiborra de buen vino. A Constanacia no le gustan esas comidas y yo prefiero ir a regalarles fuera de casa... ¿Ha avisado usted a Mariana?

—Sí. Ya le he dicho que volvería en el tren de las once menos cuarto.

Beauchéne se había sentado pesadamente.

—Le aseguro, amigo mío, que no puedo más. He comido ayer en el restaurant y no me acosté hasta la una. Y hoy me he levantado a las seis y no he descansado un momento. Precisa una salud de hierro para soportarlo.

Hasta entonces había dado realmente pruebas de ser un trabajador incansable, dotado de una resistencia y de una energía prodigiosas. Había demostrado, además, que no había quien le aventajara en adivinar los buenos negocios. Levantado antes de que sus obreros empezaran el trabajo, todo lo veía y examinaba, y estaba en todo, y tal actividad desplegaba, que cada año aumentaba la cifra de sus negocios y beneficios. Pero, desde hacía algún tiempo, empezaba a sentirse fatigado. Daba muchas horas al placer y de tal manera había abusado de su temperamento, que ahora sentía la fatiga, después de las noches borrascosas.

Miraba a Mateo.

—Usted sí que está robusto. ¿Cómo diantre se las arregla para no parecer nunca cansado?

Efectivamente, de pie ante su mesa de trabajo, el joven parecía tener la robustez de un roble. Alto, delgado, moreno, tenía la frente de los Froment, ancha y alta. Llevaba sus espesos cabellos cortados al rape, la barba en punta, naturalmente rizada. Lo que daba especialmente expresión al rostro eran los ojos, profundos y claros, vivos y reflexivos a un tiempo y casi siempre alegres. Se veía que era hombre de inteligencia y de acción, muy sencillo y alegre y muy bondadoso.

—¡Oh!—exclamó riendo,—yo soy muy comedido. Beauchéne protestó.

—¡Vaya! No diga usted eso. El hombre que a los

veintisiete años tiene cuatro hijos, sin contar uno muerto, me parece que no es muy comedido. Y como si no fuese bastante tanto chiquillo, el primer convite fué magnífico; en vez de un chico, dos, los gemelos Dionisio y Blas... Yo sí que soy prudente; no tengo más que uno y por ahora no quiero más, a fuer de precavido.

De continuo lanzaba pullas por el estilo a Mateo, y en ellas apuntaba su poquito de indignación y desprecio hacia aquel matrimonio joven que, sin tener sobre qué caerse muerto, hacía hijos y más hijos.

Mateo, habituado a estas acometidas no contestaba y reía de buena gana, cuando entró en el despacho un obrero a quien llamaban el abuelo Moineaud aun cuando sólo tenía cuarenta y tres años. Era un hombre bajo y robusto, con la cabeza redonda y cuello de toro, y con la cara y las manos curtidas por más de un cuarto de siglo de trabajo. Era mecánico-montador y venía para consultar al amo una dificultad surgida en el montaje de una máquina. Pero éste no le dejó hablar, indignado como estaba contra las familias demasiado numerosas.

—¿Y usted, abuelo Moineaud, cuántos hijos tiene?

—Siete, señor Beauchéne,—contestó el obrero un tanto sorprendido.—Se me han muerto tres.

—Lo cual quiere decir que tendría diez. ¿Cómo demonios quiere usted tener pan para tanta gente?

Moineaud se echó a reír. Parecíale natural que, amando a su mujer le nacieran hijos. Estos crecían como la mala hierba y les quería mucho hasta que volaban del nido. Además trabajaban y ganaban algo. Todo esto hubiera podido decir; pero prefirió contestar en broma:

—¡Diablo! No soy yo quien los hace, señor Beauchéne, es mi mujer.

Los tres rieron y el obrero explicó entonces la causa de su aparición en el despacho. Fueron entonces hacia los talleres para resolver la dificultad. Iban a enfilar un corredor cuando el patrón, viendo abierta la puerta del taller de las mujeres, penetró, seguido de los otros dos hombres, en la sala, para ver, de paso, si todo estaba allí conforme. Era una cuadra grande y larga, en la que las obreras pulidoras que llevaban una blusa negra, estaban alineadas en dos filas, pasando, de pie o sentadas ante sus mesas, las piezas por la piedra pómez y por la muela. Casi todas eran jóvenes, había algunas bonitas; pero la mayoría eran feotas y bastas. De la sala se desprendía un olor fuerte en el que se mezclaban el de la hembra y el de los aceites rancios.

Durante el trabajo no debía oírse una mosca. Todas charlaban, sin embargo. Cuando advirtieron la presencia del patrón reinó el silencio como por ensalmo. Únicamente dos muchachas, que disputaban con animación, no callaron. Es decir, calló una, la que había visto a Beauchéne; pero la otra, la que estaba de espaldas, continuó vociferando furiosamente. Las dos eran hijas de Moineaud; Eufrasia, la menor, era una chica de diecisiete años, delgaducha y con un pelo descolorido que parecía de cáñamo, fea y aviesa; y Norina, la mayor, de diecinueve años, que era rubia también, pero garrida, blanca, apretada de carnes, hermosa y fresca, con el pelo rizado y el aire alegre de esas parisienses que parece hayan sido hechas por el diablo para tentar a los hombres.

A cosa hecha Norina dejaba que su hermana continuara chillando para que la pillaran en falta. Beauchéne tuvo que intervenir. Por costumbre se mostraba siempre serio y severo con las mujeres y aunque éstas le gustaban mucho, jamás ha-

bía requebrado a ninguna de las de su fábrica, pues decía que el patrón que bromeaba con sus obreras es hombre al agua.

—¿Callarás de una vez, Eufrasia? ¡Esto es indecente! ¡Pagarás un franco de multa y si vuelvo a oírte, te pasearás ocho días!

La chica se volvió sorprendida y atemorizada. Ahogando su rabia, lanzó una mirada terrible a su hermana, que hubiese podido avisarla. Pero ésta sonreía y miraba al patrón sin bajar los ojos, segura de que nada tenía que temer. Sus miradas se encontraron y durante unos segundos se fijaron una en otra. Beauchéne, con el rostro más encendido que de costumbre, continuó, dirigiéndose a todas en general.

—En cuanto la maestra vuelve la espalda no hacéis sino charlar y pelearos. Cuidado con ello, porque si no intervendré yo.

El abuelo Moineaud había asistido impasible a la escena como si no se tratara de sus hijas. Continuaron entonces los hombres su camino y salieron del taller de mujeres, que quedó en silencio completo, turbado únicamente por el ruido de las muelas.

Después de haber resuelto la dificultad de ajuste, Beauchéne subió a sus habitaciones, seguido de Mateo que quería hacer a Constanca la invitación que le había encargado Mariana. Una galería unía a los edificios negros de la fundición al lujoso hotel del muelle. Allí estaba Constanca en un saloncito tapizado de seda amarilla, junto a un sofá en el que estaba echado su hijo Mauricio, el hijo único adorado, que acababa de cumplir siete años.

—¿Está delicado?—preguntó Mateo.

El niño parecía robusto y tenía gran semejanza con su padre; pero estaba pálido y con los ojos

cargados. Su madre, «el hueso», que era una mujercita morena, esmirriada, paliducha y ajada por completo a los veintiséis años, le miraba con adoración egoísta.

—No; no está nunca enfermizo; pero se queja de las piernas. Por eso le he hecho descansar y ahora espero al doctor Boutan para que le vea.

—¡Bah!—exclamó Beauchéne.—Todas las mujeres son iguales. Este chico es fuerte como un toro, puesto que se me parece a mí. ¡Tendría gracia que nos saliera enfermizo!

En aquel momento entró el doctor Boutan, un hombre recio y bajo, de unos cuarenta años, con ojos muy vivos y un rostro que revelaba un carácter bondadoso. En seguida examinó al muchacho, le tomó el pulso, le auscultó, enteróse de todos los detalles que le dió Constancia y dijo:

—No es nada; es el crecimiento. El invierno pasado en París le ha debilitado un poquillo; pero con unas semanas de aire y de sol, tomados a grandes dosis en el campo, se restablecerá.

—¡Ya lo decía yo!—exclamó Beauchéne.

Constancia había guardado entre las suyas la mano de su hijo, y tranquilizada ya, sonreía satisfecha. El doctor se había sentado, pues le gustaba pasar un rato de conversación en las casas de sus clientes.

Parteador, cuidando principalmente enfermedades de mujeres y de niños, era el confidente natural de todos los secretos, y se encontraba como en la suya, en las casas de sus clientes. Había parteado a Constancia cuando el nacimiento de Mauricio, y a Mariana en todos sus alambramientos.

Mateo, de pie, había esperado para hacer su invitación.

—Ya que han de ir pronto al campo, vengan us-

tedes un domingo a Jonville. Mi mujer se alegrará lo indecible de verles y les enseñará nuestro campamento.

Y bromeando explicó de la manera cómo estaban alojados en aquella casita apartada de París y no le dió vergüenza confesar que su vajilla no estaba completa ni mucho menos. Beauchéne conocía ya la casita, porque muchas veces iba a cazar con Seguín por los alrededores.

—Ya sabe usted que Seguín es amigo mío. He almorzado en el pabellón. Es casi una barraca.

A su vez, Constancia, a la que la idea de una pobreza por el estilo hacía sonreír, recordó lo que le había dicho la señora Seguín de aquella casa. El doctor, que escuchaba sonriendo, intervino.

—La señora Seguín es una de mis clientes—dijo.—Cuando su último parto le había aconsejado que fuera a habitar ese pabellón. Los aires son muy sanos y los chicos deben crecer allí como los hongos.

Soñando una carcajada, Beauchéne volvió a su tema.

—¡Desconfíe usted, Mateo! ¡Pronto tendrá usted otro muchacho!

—¡Oh!—exclamó Constancia con aspecto ofendido,—sería una verdadera locura. Creo que Mariana tendrá juicio... Esta vez ya no tendrían excusa ni perdón.

Mateo comprendió perfectamente lo que querían decirle. Se burlaban de Mariana y de él, no explicándose cómo, sin necesidad ninguna, se buscaban ellos mismos nuevos apuros. La verdad es que el nacimiento de Rosa, la última de sus hijos, les había obligado a refugiarse en aquella soledad fuera de París, no pudiendo soportar tanta

Fecundidad.—T. I.—2

carga. ¡Iban ahora a reincidir una vez más, ellos que no tenían fortuna, ni un palmo de terreno suyo!

—Además,—añadió Constanca invadida por la mogigatería de su educación,—eso acabaría por ser repugnante. Cuando veo una pareja que arrastran detrás de sí una bandada de chiquillos, me hace el mismo efecto que si viera una familia de borrachos. Y aun me repugna más, si cabe.

Beauchéne soltó una carcajada, aun cuando de fijo su opinión era muy distinta de la de su mujer. Mateo permanecía sonriente. Constanca y Mariana nunca habían hecho buenas migas, porque eran opuestas en todo. Y él sufría, sin chistar, las bromas, evitaba enfadarse, para no provocar una ruptura.

—Tiene usted razón,—dijo,—sería una locura. Pero, de todos modos, si viene el quinto, no hay manera de enviarlo de nuevo a su punto de origen.

—¡Sí que hay medio!—dijo Beauchéne.

—¡Ya!—replicó Boutan.—Tan eficaz y tan bueno, que siempre acarrea desdichas.

Beauchéne defendió su opinión porque aquel asunto de la natalidad creía conocerlo a fondo. Recusó el testimonio de Boutan de quien sabía las ideas y del que dijo que, siendo médico-comadrón, no podía tener, sobre la materia, una opinión imparcial. Luego despotricó cuanto vagamente sabía sobre las teorías de Malthus: la progresión geométrica de los hijos, la progresión aritmética de las subsistencias, la tierra poblada y reducida al hambre en menos de dos siglos. Los pobres tenían la culpa de su mala situación; con sólo tener los hijos que pudieran mantener quedaba todo arreglado. Los ricos, a los que a tontas y a locas se acusa de fomentar la miseria, eran

los que, limitando el número de su hijos, cumplían como buenos ciudadanos. Y repitió que no tenía nada que reprocharse, que su fortuna, mayor cada día, no pesaba sobre su conciencia y que si los pobres se empeñaban en serlo, no era culpa suya. En vano le objetó Boutan que la teoría de Malthus era anticuada y falsa, que sus cálculos se basaban en la natalidad posible y no en la real; en vano le probó que la crisis económica actual, la torpe distribución de las riquezas bajo el régimen capitalista, era la execrable y única causa de la miseria, y que el día en que el trabajo fuera mejor recompensado, la tierra siempre fecunda, nutriría a una humanidad decuplicada y dichosa. Beauchéne no quería oír de ese oído y afirmaba que él era quien entendía verdaderamente la vida, y que los que tenían ganas de ser ricos, no tenían sino que hacer como él.

—¿Entonces, quieren ustedes el anonadamiento de Francia?—dijo Boutan.—La cifra de los nacimientos aumenta sin cesar en Alemania, Inglaterra y Rusia, en tanto que disminuye de un modo espantoso aquí. Por el número ocupamos ya en Europa un puesto muy inferior; y hoy, más que nunca, el número es lo que constituye la fuerza. Se ha calculado que es preciso que cada familia tenga cuatro hijos para que aumente la población y progrese en fuerza un país. Usted no tiene más que uno; luego es un mal patriota. Beauchéne contestó casi incomodado.

—¡Yo, un mal patriota! Yo, que me mato trabajando, que vendo mis máquinas hasta en el extranjero... Ciertamente que hay familias, conocidas nuestras, que pueden permitirse el lujo de tener cuatro hijos; hasta concedo que hacen mal no teniéndolos; pero yo, amigo mío, no puedo.

¡Ya sabe usted que no puedo en absoluto, dada mi situación!

Y recordó por la centésima vez, la historia de la fundición que había estado a pique de hundirse por haber tenido él una hermana. Serafina se había portado de un modo abominable: primero la dote, luego la partición a la muerte de su padre, la fundición salvada por un sacrificio de dinero que había comprometido la prosperidad de la casa. ¿Se podía imaginar siquiera que él seguiría la conducta imprudente de su padre, que cometería la necedad de dar un hermano o una hermana a Mauricio para que éste pasara en el porvenir los apuros que él pasó? No, no; no le expondría a una partición, ya que la ley era torpe. Quería que fuese dueño único de esa fortuna que le había legado su padre y que él, a su vez, le transmitiría decuplicada. Deseaba para el niño la suprema riqueza, la colosal fortuna que es lo único que, hoy por hoy, asegura el poder.

Constancia, que no había abandonado la mano del niño, le miraba con una expresión de orgullo indécible, el orgullo del dinero que sienten el industrial y el banquero, tan violento y desmedido como el orgullo del hombre en los aristócratas de abolengo. ¡Queríale único, para que fuera uno de esos príncipes, uno de esos reyes de la sociedad moderna!

—¡Pierde cuidado, monín, que no tendrás hermano, ni hermana! ¡Y si papá fuera un loco, mamá está aquí para velar por todos!

Estas palabras provocaron la risa de Beauchéne. Sabía que su mujer era más testaruda que él y que estaba resuelta a limitar el número de hijos. En cuanto a él, brutal y alegre, decidido a divertirse, perpetraba torpemente los fraudes en la alcoba conyugal y buscaba en otras partes el

complemento de un placer que no hallaba en su casa; y quizá sabía que Constancia fingía ignorar, lo que no podía evitar.

Besó al muchacho y dijo:

—¿Lo oyes, Mauricio? No iremos a buscar otro hermanito; tu madre tiene razón.

Y volviéndose hacia Boutan:

—Ya sabe usted, doctor, que las mujeres tienen sus recursos.

—Es verdad; hace pocos días he cuidado a una que murió de ellos.

Beauchéne rió a carcajadas en tanto que Constancia, pudibunda, afectaba no comprender nada de lo que decían. Mateo, que no había intervenido en la discusión, permanecía grave, pues esa cuestión de natalidad le parecía apasionadora, importantísima, la primordial sobre la que descansan la humanidad y el mundo. No se ha realizado un sólo progreso que no lo haya determinado un exceso de natalidad. Si los pueblos han evolucionado, si el progreso ha sido mayor cada día, es porque los hombres se han multiplicado primeramente y se han esparcido después por toda la redondez de la tierra. ¿La evolución futura hacia la verdad y la justicia no la engendrará por acaso el exceso de población que crea los obreros y los pobres? Todos esos pensamientos no aparecían con claridad ante los ojos de su inteligencia, y se sentía algo avergonzado de tener cuatro hijos, y turbado por los consejos de los Beauchéne, que indudablemente dictaba la prudencia. Pero su fe en la vida combatía por él y se decía que el exceso de vida ha de ser necesariamente lo que produce el bienestar y engendra la prosperidad, así de los pueblos como de las familias. Un sér no nace sino para crear, transmitir y propagar vida. Resulta de ello además la

satisfacción del obrero que ha cumplido su tarea.

—¿Contamos, pues, con ustedes en Jonville, el domingo?

No obtuvo contestación porque en aquel momento entró un criado diciendo que una mujer, con un niño en brazos, deseaba hablar a la señora. Beauchéne habiendo visto por la puerta que se trataba de la mujer de Moineaud, dijo que pasara.

La Moineaud era una mujer rechoncha y bajita como su marido, de unos cuarenta años, con la cara arrugada y pálida, los ojos turbios, escaso pelo y una boca en la que faltaban casi todos los dientes. Sus numerosos partos la habían deformado y no se cuidaba de su persona.

—¿Qué quiere usted, buena mujer?—dijo Constancia.

Pero la Moineaud permaneció callada, sin duda porque no pensaba hallar tanta gente reunida allí y deseaba hablar únicamente con la señora.

—¿Es el chiquitín?—preguntó Beauchéne mirando al niño, enteco y paliducho.

—Sí, señor, es Alfredito, que no tiene sino diez meses y que tuve que destetar porque carezco de leche... Antes que éste he tenido nueve más, tres de los cuales han muerto. El mayor, Eugenio, es soldado allá en los infiernos, en el Tonkin. En la fundición trabajaban las chicas mayores, Norina y Eufrasia. Tres más tengo en casa, Víctor que tiene quince años, Cecilia e Irma, de diecisiete. Creía que todo había acabado ya como las gallinas que no pueden poner, y entonces ha venido este pequeñuelo... ¡Y tengo ya cuarenta años! Creo que Dios nos ha dejado de su mano, a mi marido y a mí.

Un recuerdo que atravesó la imaginación de Beauchéne le hizo sonreír.

—¿Sabe usted lo que dice su marido? Que no es él sino usted la que fabrica los chiquillos.

—Sí; está siempre de broma. ¡Por lo que á él le cuesta hacerlos! Al principio me inspiraba terror; pero después ¿qué quiere usted? he debido resignarme, pues no quería que mi marido se enredara con otras mujeres. Además, es un buen hombre, trabaja, bebe poco y como *eso* le divierte y es en lo único que goza, había de ser una muy desalmada para rehusárselo.

El doctor Boutan intervino en la conversación para hacer una pregunta.

—¿No sabe usted que se puede tomar precauciones hasta para divertirse?

—¡Diantre! No crea usted que sea esto muy fácil. Cuando por la noche llega el marido un poco alegre, después de echar unos tragos con los camaradas, no sabe muy bien lo que se hace. Y además, Moineaud dice que *eso* le agua la fiesta.

Boutan continuó interrogándola, sin mirar a los Beauchéne. Pero, sin embargo, su ironía brillaba en los ojos y se veía claro que quería replicar a Alejandro acerca de sus teorías contra la fecundidad. Fingía incomodarse, reprochar a los Moineaud sus diez hijos, carne de presidio o de prostitución, añadiendo que si eran miserables suya era la culpa, ya que cuando se quiere ganar una fortuna no debe uno hacer tantos hijos. Y la pobre mujer, que no comprendía su ironía, contestaba que tenía razón; pero que ni aún la esperanza de hacer fortuna podían permitirse, pues Moineaud sabía que no había de ser ministro. Y en tal caso, poco importaba hijo más o menos. En último término, los hijos llegaban a servir para algo cuando ya podían trabajar.

Beauchéne, que había enmudecido, se paseaba a pasos lentos. Constancia, para acabar con el em-

barazo que se había apoderado de todos, dijo:

—Veamos ¿qué es lo que puedo hacer en favor de usted?

—¡Dios mío!... no sé cómo decirlo. Es una cosa que Moineaud no se ha atrevido a decir al señor. Yo misma esperaba hallar sola a usted y rogarla que intercediera por nosotros... En una palabra: le quedaríamos muy agradecidos si quisiera interceder por nosotros a fin de que se admitiera en la fundición a Víctor.

—No tiene más que quince años,—respondió Beauchéne.—La ley es bien clara: esperen ustedes que tenga dieciséis.

—Sin duda; pero quizá fuese posible no mentar la edad. Crean ustedes que nos urge de veras.

—No. Es imposible.

Gruesas lágrimas llenaron los ojos de la Moineaud. Y Mateo, que escuchaba con indecible interés, se sintió conmovido y horrorizado. Le daba escalofríos esa carne de trabajo que venía a ofrecerse, sin estar apta para el esfuerzo. Le desolaba el espectáculo del obrero, al que el hambre obliga a mentir, burlando la misma ley que le protege.

Cuando la Moineaud hubo salido, Boutan continuó hablando del trabajo de las mujeres y de los niños. Desde el primer parto, una mujer no puede ir al taller: el embarazo, la lactancia, la obligan a no abandonar su casa, so pena de graves riesgos para el hijo y para ella misma. Por lo que hace al niño, si trabaja antes de su completo desarrollo, se anemia y se estropea, sin contar con que su contrato a precio reducido, contribuye a la baja injusta de los salarios. Luego habló de nuevo de la fecundidad, del pululamiento de las clases pobres, que no tienen nada que arriesgar, nada que ambicionar. ¿No resulta esa la

natalidad más execrable, la que multiplica sin término los desdichados y los rebelados?

—Ya le oigo a usted,—contestó Beauchéne, sin enfadarse y parándose.—Quiere ponerme en contradicción conmigo mismo, hacerme confesar que acepto los siete hijos de Moineaud y que tengo necesidad de ellos, en tanto que yo, en mi egoísmo, no quiero más que un hijo único y mutilo la familia para no mutilar la propiedad. ¿Quiere hablarme de Francia, de la nación de los hijos únicos, como ahora la llaman?... Sí, ya lo veo. Pero crea usted que, en el fondo, la razón está de parte mía.

Quiso explicarse entonces, y golpeándose el pecho, afirmó que era liberal, demócrata, que estaba dispuesto a aceptar todos los progresos verdaderos. Reconocía de buen grado que era preciso tener hijos, que el ejército necesitaba soldados y la fundición obreros. Pero recordó también los deberes de las altas clases, y dió un curso de moral «ad usum» de los conservadores, de los ricos, que anhelan se perpetúe su fortuna.

Mateo acabó por comprender la verdad brutal: el capital se ve obligado a crear miserables, a estimular la fecundidad de las clases pobres, para asegurar la persistencia de las ganancias. Quiere la ley de los ricos que haya siempre muchos brazos, para que los salarios se mantengan bajos. La explotación y la especulación sobre el asalariado quita toda nobleza al trabajo, que éste considera como el peor de los males, cuando, en realidad, es el mayor y más precioso de los bienes. Tal es el cáncer que devora las sociedades modernas. En los países de igualdad política y de igualdad económica, el régimen capitalista, la riqueza inicuaamente distribuida, excita y restringe a un tiempo la natalidad, viciando más y más la infcua repartición: de un lado están los ricos con

su hijo único, que aumentan sin cesar su fortuna; de otro los pobres, cuya fecundidad desordenada acaba de perder lo poco que poseen. El día en que el trabajo se honre como es debido y venga una justa repartición de riquezas, el equilibrio se establecerá. De no ser así, el espectro de la revolución acecha al final del camino, y de ahí proceden los crujidos, que a cada momento son más fuertes, del edificio social que se cuarteja y amenaza derrumbarse.

Pero Beauchéne no se daba por vencido. Reconocía que la despoblación amenazaba, que la revolución estaba en marcha. Sólo que atribuía todo eso a la impericia de los gobernantes, a la ola del militarismo, al alcoholismo, a una porción de cosas. Y luego indicaba los remedios: medidas fiscales, ley sobre los matrimonios, sobre la paternidad, acerca de las herencias.

Boutan acabó interrumpiéndole:

—Ninguna ley cambiará el actual estado de cosas. Precisa cambiar las costumbres, la idea moral, el concepto de la belleza. Si Francia se despuebla, es porque quiere. Lo necesario es que no quiera. Pero, ¡qué colosal tarea! ¡Es como rehacer un mundo!

Mateo, alegremente, lanzó una frase soberbia:

—¡Pues bien! Le reharemos. ¡Yo, ya he empezado!

Constancia, sonriendo de mala gana, acabó por contestar a la invitación. Dijo que tendría mucho gusto en ir a Jonville; pero que quizá no le fuera posible disponer de un domingo.

Boutan, antes de salir, acarició las mejillas de Mauricio que, adormilado durante la discusión, abría de nuevo los ojos cansados.

Beauchéne dijo:

—¡Ya lo has oído, chiquillo! Mamá encargará otro chiquilín a los ángeles.

El muchacho se echó a llorar.

—¡No, no, no quiero!

Constancia, con un impulso apasionado, extraño en mujer tan rígida y fría, estrechó a su hijo, y, besándole apasionadamente, le dijo:

—¡No seas tonto; papá bromea! ¡Te juro que no,, que no!

Beauchéne acompañaba al doctor. Continuaba bromeando, alegre y satisfecho de sí mismo y de los otros, seguro de que durante su existencia sabría someterlo todo a su capricho y a sus intereses.

—Hasta la vista, doctor; no me la guarde usted... Y, dígame: ¿cuando uno quiere, no hay siempre tiempo de hacer un hijo?

—No siempre,—contestó Boutan, alejándose.

La palabra cayó seca y cortante como un hacha. La madre, que tenía a su hijo en la falda, le puso en el suelo, diciéndole que fuera a jugar.

Al cabo de una hora, minutos después de mediodía, Mateo, que se había entretenido en los talleres de la planta baja, tuvo la idea de ganar terreno atravesando el de las mujeres. Allí vió una escena que le dejó sorprendido y estupefacto. Norina, que se había quedado con un pretexto cualquiera, estaba anhelante y estremecida entre los brazos de Beauchéne, que le besaba en los labios, teniéndola abrazada por la cintura. Era el marido de los fraudes conyugales, el macho en celo, que buscaba terreno fecundo para la simiente. Cuchichearon un momento, sin duda, para darse cita. Luego, al ver a Mateo, quedaron parados. Y el delineante escapó, sintiendo en el alma haber descubierto aquel secreto.